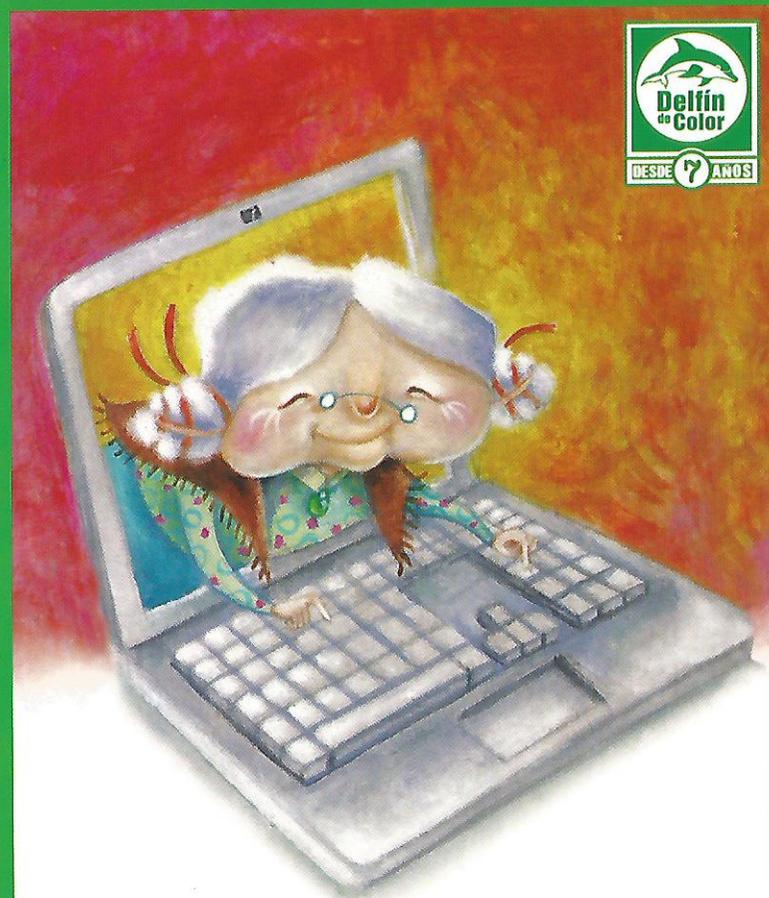




Cecilia Beuchat (Santiago, 1947) supo desde que entró al colegio que quería ser profesora. Estudió pedagogía en castellano y educación especial en la Universidad Católica de Chile. Es magister en letras con mención en literaturas hispánicas. Es profesora titular de la universidad donde estudió. También ha sido profesora de otras universidades del país, y profesora visitante de la Universidad de Wisconsin, en Estados Unidos. Actualmente se dedica a proyectar lectores y ofrece numerosos cursos de perfeccionamiento. También dirige el diplomado en literatura infantil y desarrollo de la lectura de la Universidad Alberto Hurtado. Ha publicado numerosos libros para niños y para profesores; su último libro, *Palabras, regala palabras*, muestra su gran amor por el idioma.

Este libro incluye cuatro cuentos. El primero habla de una relación muy especial de una abuela con su nieta. El segundo, de algo que le sucedió a una niña cuando sacó el papelito con el nombre del amigo secreto. El tercero trata de lo que sucede cuando un curso decide hacerle una broma a la profesora nueva. Finalmente, hay un cuento de Navidad. Son cuentos que tienen la magia de la vida real, cuentos con niños de carne y hueso, colegios y profesores; cuentos con besos, errores ortográficos y cuchullos.



# La abuela virtual y otros cuentos

Cecilia Beuchat

ZIG-ZAG



# La abuela virtual y otros cuentos

**Cecilia Beuchat**

Ilustraciones de  
Fabiola Solano



*Delfín de Color*

I.S.B.N.: 978-956-12-2360-8.

6ª edición: febrero de 2016.

*Gerente Editorial:* Alejandra Schmidt Urzúa.

*Editora:* Camila Domínguez Ureta.

*Director de Arte:* Juan Manuel Neira Lorca.

*Diseñadora:* Mirela Tomčić Petric.

© 2011 por Cecilia Beuchat Reichardt.

Inscripción N° 212.308. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400. Fax (56-2) 2810 7455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl

www.editorialzigzag.blogspot.com

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Gráfica Andes.

Santo Domingo 4593. Quinta Normal. Santiago de Chile.



# Índice

<b>La abuela virtual</b>	<b>7</b>
<b>Amigo secreto</b>	<b>23</b>
<b>Campeonato de ortografía</b>	<b>35</b>
<b>Un regalo del Viejo Pascuero</b>	<b>63</b>



## **La abuela virtual**

**E**sa mañana, la profesora les pidió a los niños que se sentaran en la alfombra de la biblioteca, formando una rueda. Era la hora de lenguaje, y el tema de conversación iba a ser uno muy entretenido: las abuelas.

Cada niño debía elegir una abuela y hablar un rato acerca de ella. Si alguno no la tenía, podía contar lo que recordaba, o conversar de alguna otra señora mayor, por ejemplo, una vecina o alguna amiga de la familia.

La clase se fue dando muy bien. Cada uno de los niños fue interviniendo, mientras los demás escuchaban en silencio, hasta que le tocó a Teo, quien partió diciendo:

–Yo tengo una abuela virtual.

Una gran carcajada se oyó en la sala. La profesora pidió silencio y, con gran interés, preguntó:

–A ver, Teo, ¿cómo es eso de que tienes una abuela virtual?

–Sí, una abuela virtual. Para verla, tengo que encender el computador de mi papá, abrir un programa especial y esperar que ella anuncie su visita con un timbre.

Algunos niños disimularon la risa.

–Eso pasa casi todos los días, cuando llego del colegio –agregó Teo, sonriendo.

Los niños comenzaron a hacer preguntas:

–¿Quéééé?, ¿por qué?



La profesora le hizo un gesto a Teo para que siguiera contando.

—La hora depende de la estación del año en que estemos. Por ejemplo, mi abuela está ahora en otoño, y yo, en cambio, en primavera. A veces estoy almorzando y ella está a punto de ir a acostarse. Aquí es de día y allá, de noche. Yo estoy viendo el sol, y ella me habla de las estrellas y de la luna.

Unas miradas de extrañeza aparecieron en los rostros de los niños, pero Teo siguió contando:

—Lo que ocurre es que mi abuela vive al otro lado del mundo, a miles de kilómetros de aquí.

—¿En algún otro planeta? —quiso saber Raúl, al cual siempre le gustaba hacer preguntas.

—Noooooo —respondió Teo—. Ella vive al otro lado del océano, en otro continente.

La profesora intervino entonces:

—Niños, como seguramente algunos de

ustedes ya lo sospechan, el computador de Teo debe tener una pequeña cámara, que le permite ver a su abuela y conversar con ella.

—Sí —dijo Teo—. Pero el problema es que yo no puedo tocarla. A mí me gustaría hacerle cariño en su cara sonrosada. Me imagino que la debe tener suavcita. Tampoco puedo pasar mis manos por sus arrugas, y menos tocarle el pelo blanco.

—¿Y no la puedes ir a ver? —preguntó entonces Rosa.

—Mi papá dice que los pasajes para ir allá, donde vive, son muy caros. Pero igual estamos ahorrando un poco. Tengo ya algún dinero en mi chanchito. Quizás algún día podamos ir en avión y la visitemos.

—O ella podría venir a verte a ti —agregó José.

—Eso ya es más difícil. Ella es mayor y, según cuenta, le duelen los huesos y se cansa fácilmente.

–¡Qué pena! –suspiró Jessica– debe de ser triste no poder estar con ella, darle besitos y abrazarla bien fuertemente.

–Claro –señaló Teo, en voz baja–, si yo le doy besos o si abrazo a mi abuela, podría romper la pantalla del computador, y ahí sí que me metería en problemas.

Luego agregó:

–Cuando yo era chico quise prestarle mi autito preferido, ¡lástima que ella no lo pudo tomar!

Todos los niños rieron con ganas, imaginando a Teo abrazado al computador.

–Pero mi abuela y yo inventamos una manera de solucionar el problema de estar tan lejos.

–¿Síiiiií?, ¿cómo? –gritaron varios.

–Es una forma que se nos ocurrió a los dos. Usamos las palabras de una manera especial...

–¿Palabras? –preguntó la profesora, que también estaba curiosa.

–Sí... Por ejemplo, cuando nos saludamos, ella dice: –Hoooooola, Teo –y lo dice clarito y con mucho amor, y yo siento alegría. Entonces le respondo: –Hooooooooola, abuela –y lo digo con una voz llena de cariño, y ella se emociona.

»Ella abre los brazos y yo también, y nos mandamos mucho amor.

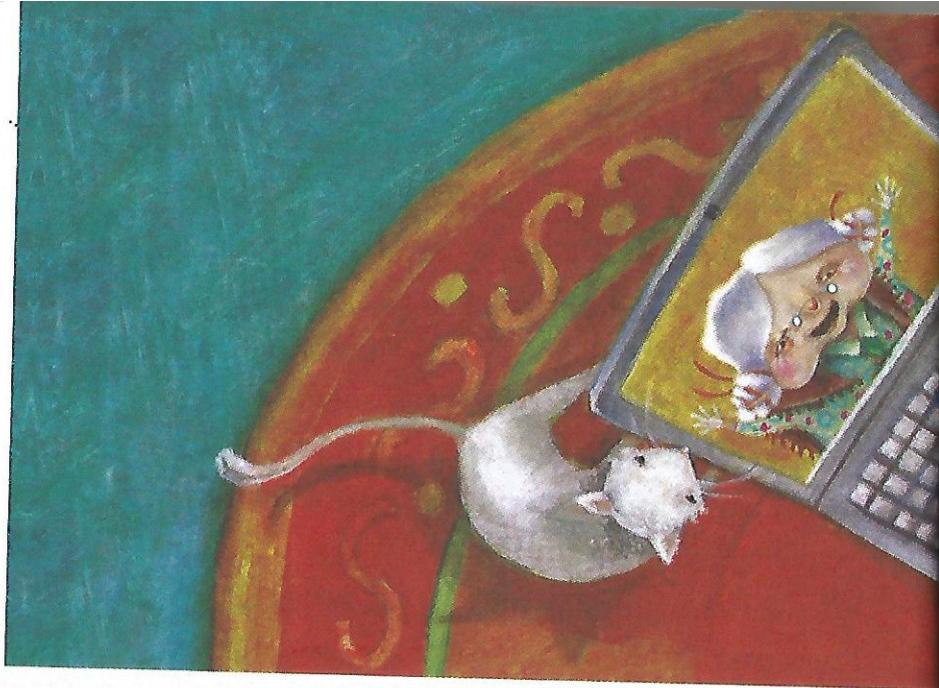
»–Lindo... amoroso... –dice, y se sonríe.

»Luego me cuenta lo que ha hecho, y yo hago lo mismo.

»–¿Y cómo está mi nietecito? ¿Está feliz? ¿Le han pasado cosas buenas? –pregunta siempre ella.

»A veces cantamos, o ella me cuenta algún cuento.

»Cuando ya hemos conversado hartito, es el turno de mi mamá y de mi papá. Al

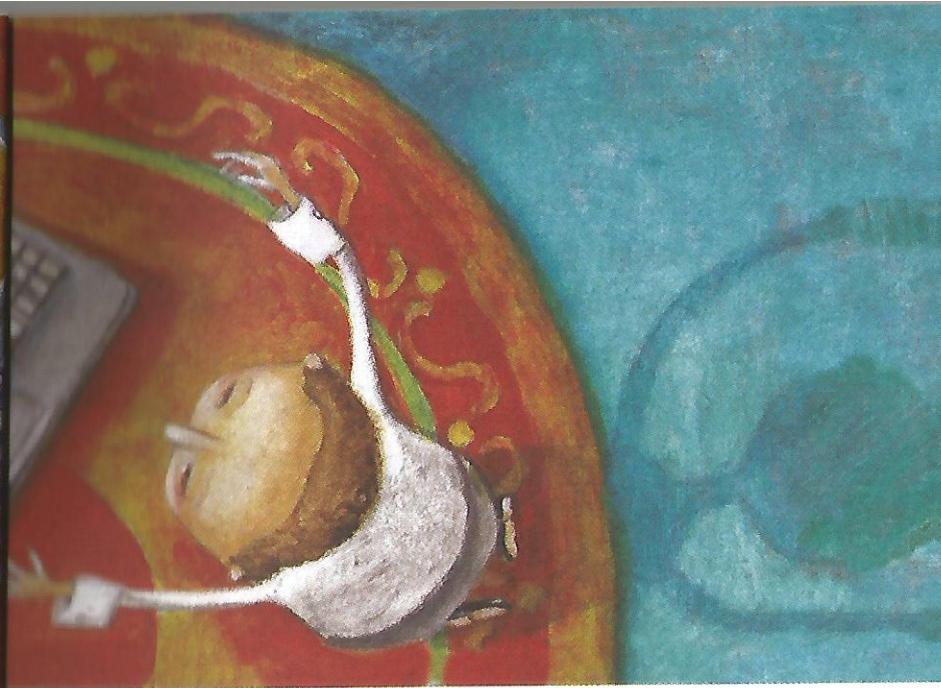


otro lado aparece también en la pantalla el abuelo, que tiene una voz muy fuerte y que se ríe a cada rato.

»Nosotros, a este lado del océano, y ellos, al otro lado, y todos conversamos.

»Luego me toca a mí otra vez. Mi abuela virtual me pide entonces que le mande unos besos satelitales. Y entonces nos despedimos hartas veces.

»-Chaaaaaa, abuela -le digo, mirándola fijamente en la pantalla y tirándole besos.



Y ella hace lo mismo.

»-Teoooooo.... hasta mañana...

»-Luego la camarita del computador se desconecta y en la pantalla queda fija la imagen de mi abuela».

-¡Guaaaaa...! -gritaron los niños.

La profesora pidió silencio.

-Mi papá me lo explicó un día -dijo Joaquín, al que le gustaba averiguar cosas-. Todo va por Internet.

–¡Sí! –exclamó Rubén, yo también lo sabía–. Las ondas llegan a un satélite que da vueltas alrededor de la Tierra, y que después van al computador de la abuela y al de Teo.

–A mí me sigue pareciendo fantástico –exclamó Rosa.

La clase terminó con aplausos para todos, pero especialmente para la abuela virtual.

Esa tarde, apenas Teo llegó a casa, encendió el computador del papá y llamó a la abuela.

–Hoy hablé de ti, abuela. Mis compañeros no podían creer que tengo una abuela virtual.

Ella se rio al otro lado del mundo.

–Me alegro, nietecito –dijo, pero Teo sintió que ella no se alegraba.

El niño le mandó entonces una sonrisa amplia y cariñosa.

–Abuela, tú sabes que yo te quiero muuuuuucho... ¿verdad? Y al abuelo también lo quiero... Igual estamos cerquita, cerquita, cuando hablamos, aunque tú estés a... ¿a cuántos kilómetros?

–Catorce mil –intervino entonces el abuelo.

–Eso, aunque para mí ustedes están aquí conmigo... –y Teo mostró su corazón.

A la abuela le cayó un lagrimón y se despidió. Cada vez que decía adiós, le daba por llorar y ya no podía hablar clarito. El abuelo siguió conversando un rato más.

Pasaron algunos días, y una tarde, después de almuerzo, Teo se sentó delante del computador para llamar a la abuela. Pero esta no respondió. Teo y sus padres se preocuparon un poco, y pensaron que los abuelos ya se habrían acostado. Entonces, decidieron enviarles un correo electrónico.

Al otro día, no había respuesta ni tampoco aparecieron en la pantalla. Teo estaba triste, echaba de menos la voz cantarina de la abuela. ¿Qué se podía hacer? Estaba tan lejos. Entonces los papás decidieron llamar por teléfono. Pero nadie contestó. También lo hicieron a la mañana siguiente, pero nuevamente sin éxito.

Pasó un día y el papá llamó a unos amigos que vivían en la misma ciudad, para que fueran a ver qué estaba sucediendo. Pero ellos habían puesto una grabación anunciando que estaban de vacaciones.

Teo, con su cara llena de pena, miraba la pantalla del computador, tratando de adivinar qué les habría ocurrido a los abuelos.

En eso tocaron el timbre. Su amigo José iba a venir a hacer las tareas con él.

Entonces sucedió algo inesperado: una voz cantarina se escuchó en la puerta:

—Holaaaaa... ¿dónde está mi nieto querido?



Nadie podía creerlo. Allí, de pie frente a la puerta, estaba la abuela con su maleta.

Teo corrió donde ella y ambos se abrazaron en un gran abrazo, esta vez... real. Todos gritaban de alegría y se abrazaban una y otra vez.

—¿Y el abuelo? —preguntaron de pronto, sorprendidos.

—Bueno... se quedó en casa... —dijo ella, encogiéndose de hombros, con la mirada un poco triste.

Y entonces toda la familia corrió al computador y se conectaron con él.

Y ese día, Teo pudo comprobar, por fin, que las mejillas de su abuela eran muy suaves, que su voz era tan cantarina como el agua y que, además, olía a perfume de lavanda. Y lo más importante fue que descubrió que los besos virtuales no tienen nada que ver con los besos de verdad.

## Amigo secreto

**E**l verano había llegado muy pronto ese año. Faltaban pocos días para que empezaran las vacaciones, hacía calor y todos estaban muy cansados.

Esa mañana, el profesor les dijo a los niños que sería bonito jugar al amigo secreto, el último día de clases. Todos aplaudieron entusiasmados.

-Pero, tendrá que ser algo especial -señaló entonces-. No compren nada... El regalo deberá reflejar el cariño que sienten para que



los amigos se alegren. Y lo más importante: que haya sido hecho por ustedes mismos.

Todos estuvieron de acuerdo. Entonces, él tomó el frasco donde estaban los papeletos con los nombres de los alumnos, y cada niño sacó uno.

Todos se miraban de reojo, pero a nadie se le habría ocurrido decir quién le había tocado. Al fin y al cabo era secreto y no se

podía saber hasta el día de la celebración.

Cuando Antonia vio el nombre de quien le había tocado a ella, quedó muda. Allí, en el centro, se veía claramente escrito el nombre de Roxana. Y esto no habría tenido nada de especial, si no hubiese sido porque ese era el nombre de una compañera con la cual se había peleado «para siempre». La discusión había sido muy fuerte, y tal como pensaba Antonia, «había sido la gota que rebalsó el vaso».

Entonces Antonia guardó el papelito. Tenía que pensar en algo, pues ella, definitivamente, no le haría un regalo a su compañera. Se sentía muy dolida por lo que había ocurrido y no estaba para demostraciones de amistad.

Pasaron los días. En el curso reinaba un ambiente de alegría y expectación. Los alumnos habían adornado la sala y se preparaban para el festejo de fin de año.

Antonia seguía dándole vueltas en su cabeza, buscando una solución. Faltaba un día y no se le había ocurrido nada. Además, en su casa todos querían saber por qué andaba tan molesta e inquieta.

La mamá le dijo entonces:

—¿Por qué no vas y preparas algo rico? Así se te quita esa carita tan malhumorada...

Antonia pensó que era una buena idea. A ella le encantaba cocinar y siempre lo había hecho desde pequeña.

Instaló una mesa debajo de un árbol en el jardín, y abrió el libro de recetas de la abuela. Luego trajo los utensilios necesarios y también los ingredientes. Había visto unos dulces que le parecían muy ricos.

Mientras molía las galletas con el uslero, se acordó de Roxana y de lo que había ocurrido. Eso no se le hacía a una amiga, y mientras más se acordaba, más aplastaba las galletas, las que pronto quedaron muy molidas. Las

echó en una fuente y en seguida vació uno de los tarros de leche condensada y las nueces picadas. ¡No, no pensaba perdonarla nunca!

Rápidamente, y con mucha energía, hizo una masa compacta. Con las manos mojadas fue formando bolitas del tamaño de una nuez y las revolcó en el chocolate en polvo. Luego las puso en una lata para que se secaran. Qué amigo secreto, ni que nada. No, definitivamente no le llevaría ningún regalo.

Un delicioso olor invadió el lugar. Los primeros dulces habían salido un tanto deformes y aplastados, pero poco a poco, se sorprendió al ver cómo iban quedando suaves y redondos.

Después se puso a preparar los demás. Vacío en una fuente el otro tarro de leche condensada y vertió el coco rallado. Todo se fue incorporando muy bien. Era hermoso ver la mezcla de color blanco, y



al probarla con la punta del dedo, vio lo rica que estaba quedando. Los aromas se iban combinando, y el movimiento de la masa en las manos la hizo calmarse.

«En realidad, es bien tonto lo que sucedió», pensó por un momento, mientras pasaba cada bolita por el coco rallado. «Roxana es bien simpática, pero es tan impulsiva».

A los dulces de color blanco los iba situando en perfectas filas sobre una bandeja. Y mientras los formaba, Antonia, una vez más, le dio vueltas en su cabeza a lo que había ocurrido. «Quizás debería haberla escuchado en vez de enojarme tanto».

Las dos bandejas estaban listas sobre la mesa. En una se veían las hileras con los dulces de nuez, espolvoreados con chocolate. En la otra, los blancos dulces de coco rallado.

Y entonces, dio un grito. Con el calor,

el chocolate comenzaba a derretirse. Rápidamente tomó ambas bandejas y las llevó al refrigerador. Allí deberían permanecer durante unas horas.

Al día siguiente, Antonia se levantó muy temprano. Había tomado una decisión. Sacó una bandeja de cartón que encontró en la despensa, le puso una hermosa servilleta, y abrió el refrigerador. Allí estaban, en perfecto orden, los dulces preparados. Los observó y se puso a pensar cuáles llevaría. Entonces vio que, si solo ponía de los oscuros, no le iba a quedar bien. Así que los fue combinando cuidadosamente con los de color blanco.

Envolvió todo en papel de regalo y lo terminó con un gran moño de cinta. Finalmente, escribió una tarjeta, donde puso el nombre de su amiga secreta.

La celebración fue todo un éxito, y dicen

que cuando Roxana recibió el obsequio y descubrió que se lo traía Antonia, se rio mucho. Y Antonia, cuando descubrió que Roxana era, a su vez, su amiga secreta, se acercó y la abrazó con cariño.

Antonia abrió el regalo, y no pudo dejar de sorprenderse: adentro había una caja llena de ricas galletas con forma de corazón y cubiertas de... chocolate.

## Campeonato de ortografía

**E**sa mañana, los niños aguardaban impacientes a la nueva profesora. ¿Quién iba a reemplazar a la señorita Ximena que se había lesionado un tobillo?

Los alumnos del cuarto año básico B no podían reponerse del susto que habían pasado días antes. La profesora, que llegaba en bicicleta al colegio, se había caído frente a la entrada principal, en medio del griterío de padres, niños y profesores.

—¿Quién sabe cómo se llama la señorita

nueva? –preguntó Ricardo, muy interesado.

–Nadie sabe –aseguró Antonia, encogiéndose de hombros–. Mi mamá dijo que era nueva; no ha trabajado nunca en este colegio.

–Hagámosle una broma –propuso entonces Matías–. Yo ando con mi lagartija de plástico y la araña peluda.

–¿Estás loco? ¿Quieres que te echen del colegio? –lo retó Claudia, con seriedad.

–¿Por qué son tan fomes? –señaló Matías–. Pongámosle la araña en el libro de clases. ¿Te imaginas cómo va a chillar?

Los niños soltaron la carcajada.

Los demás, que también esperaban a la nueva profesora, se acercaron al grupo y quisieron saber de qué se reían. Roberto, después de escuchar, dijo:

–Tengo una idea mejor. Colguemos del techo la araña peluda, y la dejamos caer en



la mitad de la clase, encima de la cabeza de la profesora nueva.

–Muy complicado –afirmó Antonia.

–Ya sé –dijo entonces Ricardo–. Cambiémonos los nombres y nos hacemos pasar por otro compañero.

–¡Yaaaa! –gritaron varios, alborozados.

–Noo... nos van a castigar... mejor no hagamos nada –repusieron otros.

Y entonces el curso de la señorita Ximena se dividió en dos, y un grupo se dedicó a intercambiarse los nombres.

Algunos minutos después, la figura de la nueva profesora apareció en la puerta. Los niños corrieron a sus asientos.

–Buenos días, niños –saludó con voz agradable.

–Es joven –alcanzó a murmurar Viviana.

–Se viste bien –le comentó Andrea a Claudia, observando el vestido de colores

vistosos que lucía.

–Me llamo Pilar –dijo, una vez que los niños se callaron–. Pueden decirme señorita Pilar –agregó.

Parecía un poco nerviosa, por lo menos eso pensó Andrea cuando la oyó suspirar varias veces.

–Yo voy a reemplazar a su profesora –explicó–. Ximena deberá permanecer en casa por algunos días.

Entonces, la señorita Pilar tomó el libro de clases a fin de pasar lista.

–Andrea...

–¡Presente, señorita! –respondió Sofía.

El curso largó una carcajada.

–Veo que están de buen humor –comentó la señorita Pilar.

–Bárbara...

–¡Presente, señorita! –respondió Georgina.

Los niños casi no podían aguantar la risa.



Ricardo, que se sentaba en la primera fila, se dio vuelta y los miró furioso.

–Carolina...

–¡Presente, señorita...! –contestó Carolina.

–Daniela...

Se produjo un silencio.

–Daniela... –repitió la profesora.

Daniela codeó entonces fuertemente a Cristina, y esta respondió:

–Presente, señorita.

Varios niños suspiraron aliviados. Por poco la broma se había ido al agua.

La señorita Pilar nombró a todas las niñas. Algunas se habían cambiado el nombre, otras, respondían con los verdaderos. Luego pasó lista a los niños.

–Alberto...

–Presente, señorita –repuso Ignacio.

–Álvaro...

–Presente, señorita –contestó Álvaro.

Y entonces Fabián, por estar distraído, respondió cuando le tocaba a Leonardo, al mismo tiempo que lo hacía Javier.

La señorita Pilar levantó la cabeza:

–¿Quién es Leonardo? –dijo.

–Yo, señorita –repuso Fabián, poniéndose colorado hasta las orejas, empujado por Leonardo que se sentaba atrás.

Luego la profesora nombró a Rodrigo, que ese día estaba ausente. Nadie respondió.

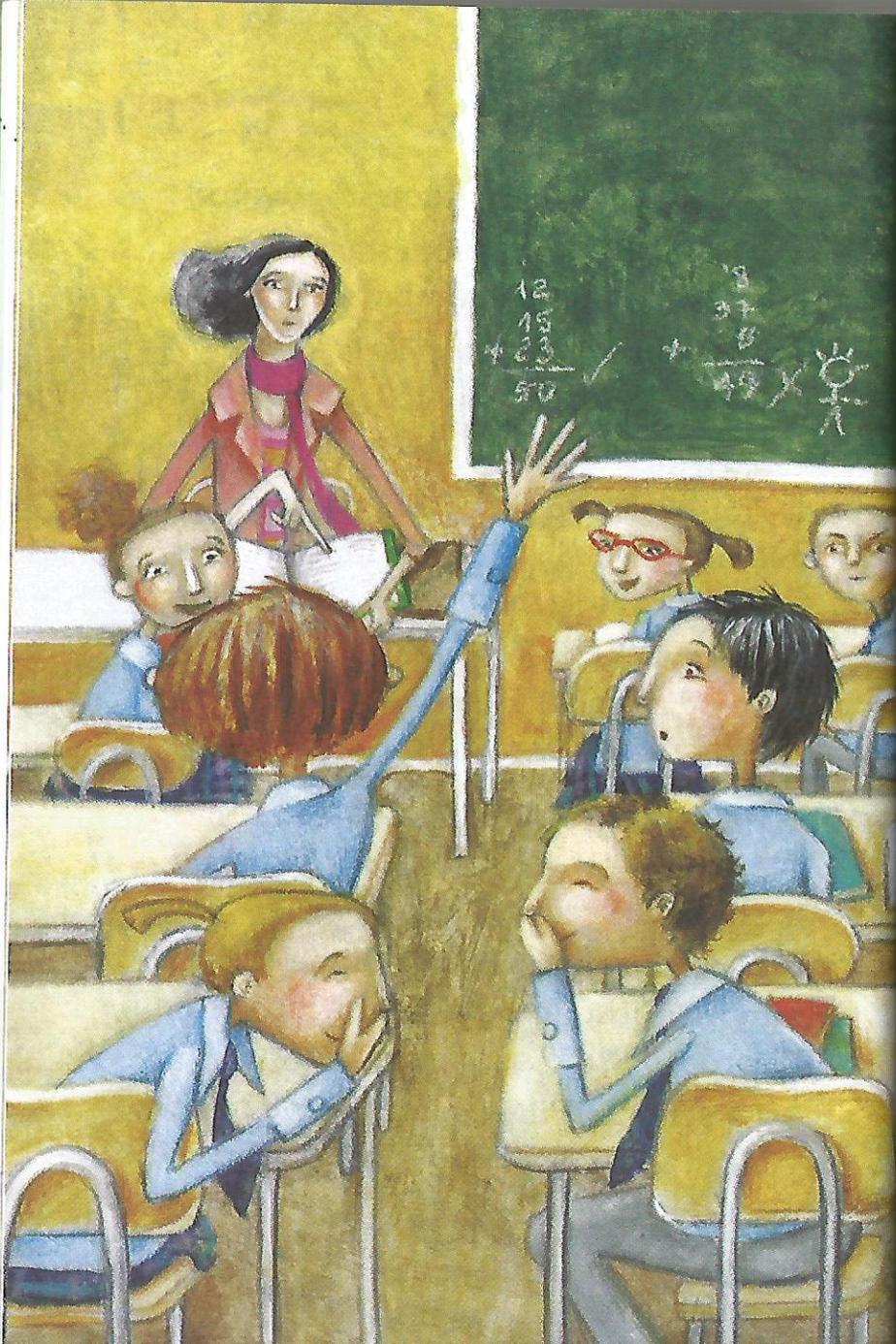
–Rodrigo –repitió ella.

Fue entonces cuando Miguel, sin pensarlo dos veces, respondió:

–Presente, señorita.

El curso volvió a reírse. Miguel se puso muy nervioso, pero al mirar la cara de Ricardo, decidió seguir con la broma.

La señorita Pilar lo miró atentamente y luego siguió pasando la lista. Después,



mientras borraba la pizarra, los niños, con gestos y miradas, comentaron que la broma estaba saliendo muy bien.

Al levantar la mirada, la profesora descubrió al curso inquieto. A Lucía le bajaron unas ganas locas de reírse, y se apretaba la nariz para no soltar la carcajada. Claudia, muy seria, sentía que las mejillas se le ponían cada vez más rojas. Ricardo daba vuelta la cabeza cada tanto rato, y miraba, amenazante, a sus compañeros.

La señorita Pilar abrió entonces una carpeta de cuero, que había dejado sobre la mesa, y sacó un papel.

—Ximena me contó que ustedes tienen organizado para hoy un campeonato de ortografía con todos los cuartos años. Acabo de hablar con las otras profesoras, y nos reuniremos en el gimnasio dentro de diez minutos. Aquí están los nombres de los

finalistas.

Los niños no tuvieron tiempo para reaccionar.

–Sofía... –Sofía levantó la mano.

–Antonia... –Antonia hizo lo mismo.

Entonces la señorita Pilar nombró al tercer finalista, que era Rodrigo, el alumno ausente. Miguel, muy decidido respondió:

–Aquí, señorita...

El curso quedó sin habla, pero ya era demasiado tarde.

Los niños miraron a Ricardo, que no estaba para nada preocupado y que seguía con interés el desarrollo de su idea.

Muchos pensaban ahora que había sido un error seguirle el juego, pero también sería un error delatarse, pues Ricardo estaba como alumno condicional, y lo más probable era que lo echarían del colegio si lo pillaban. Todos habían participado, y

por lo tanto, el curso entero era culpable. La broma se había convertido en un rollo de serpentina que los envolvía. Miguel tendría que competir con el nombre de su compañero ausente, y todos se preguntaban cómo lo iba a hacer, y esto, porque a él no le iba exactamente bien en lo que respecta a la ortografía.

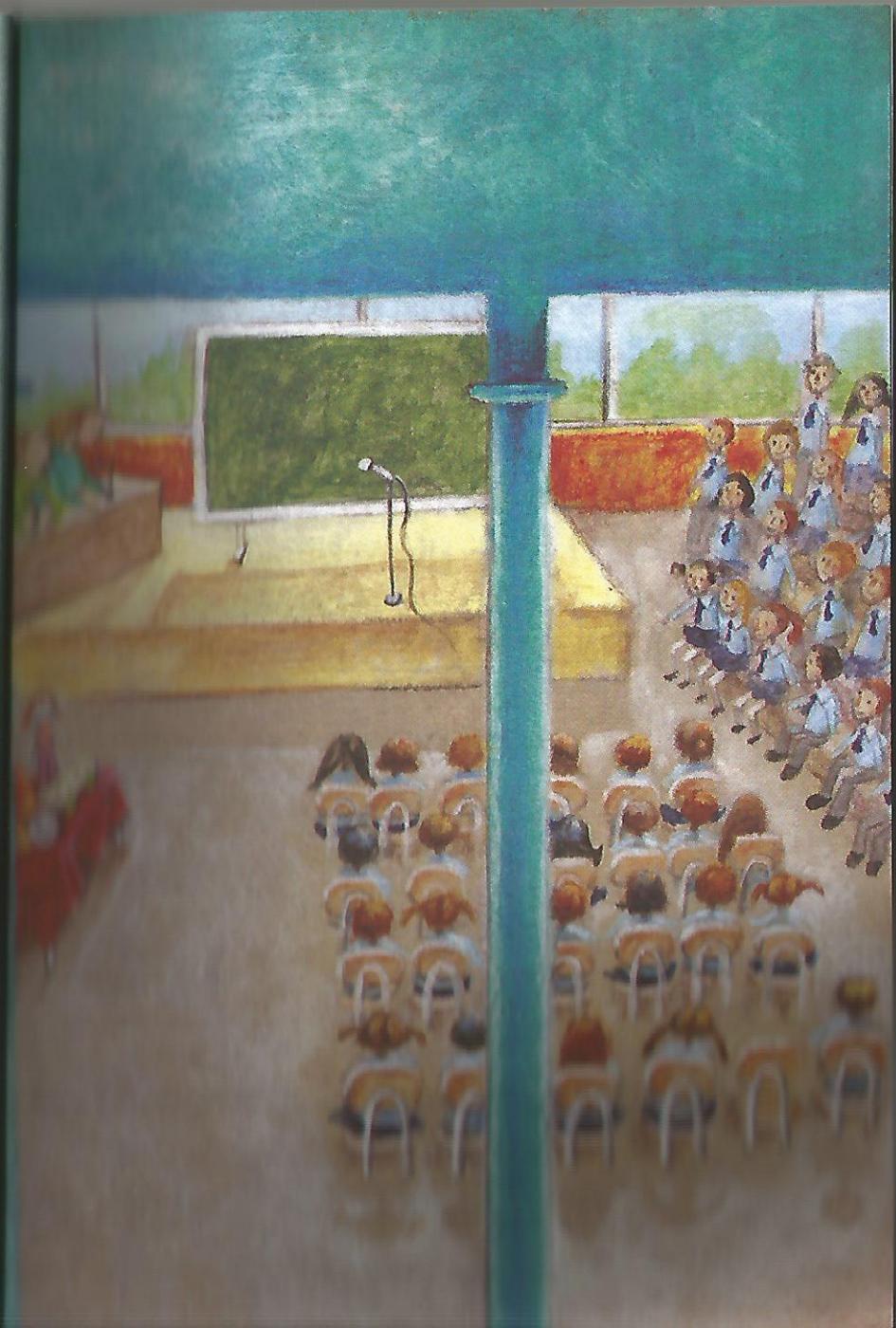
La señorita Pilar los invitó a ir al gimnasio y les pidió que se apresuraran, pues iban a llegar atrasados.

En el escenario estaba sentado el jurado, y Juanito, el auxiliar, preparaba los micrófonos. Un enorme pizarrón aguardaba a los concursantes del campeonato de ortografía.

La señorita Pilar les insistía a Antonia, a Miguel y a Sofía, que no era necesario ponerse nerviosos, y que de seguro iban a ganar uno de los tantos premios que se exhibían sobre una mesa cubierta con un

pañó rojo. Ellos, mientras tanto, miraban el pizarrón, donde iban a tener que escribir las palabras que dictaría el jurado.

Y así fue. A los pocos minutos se encontraron arriba del escenario. Primero le tocó a Antonia, pero como escribió la palabra 'desilusión' con 'c', fue eliminada. Luego



fue el turno de Sofía.

–‘Olvidadiza’ –dictó el jurado.

Sofía la escribió bien, pero, muy nerviosa, en el último minuto dudó y la dejó escrita con error, y fue eliminada.

Cuando le tocó a Miguel, el corazón le latió con fuerza.

–‘Conclusión’ –dictó el jurado.

Miguel dudó por un momento. ¿Se escribiría con *s* o con *c*? ¿Con o sin tilde? ¿Por qué era tan complicado el castellano?

Decidió escribirlo con *s*. Todos aplaudieron. Las barras gritaron con entusiasmo. Miguel quedó clasificado.

Ahora venía la rueda con los demás finalistas.

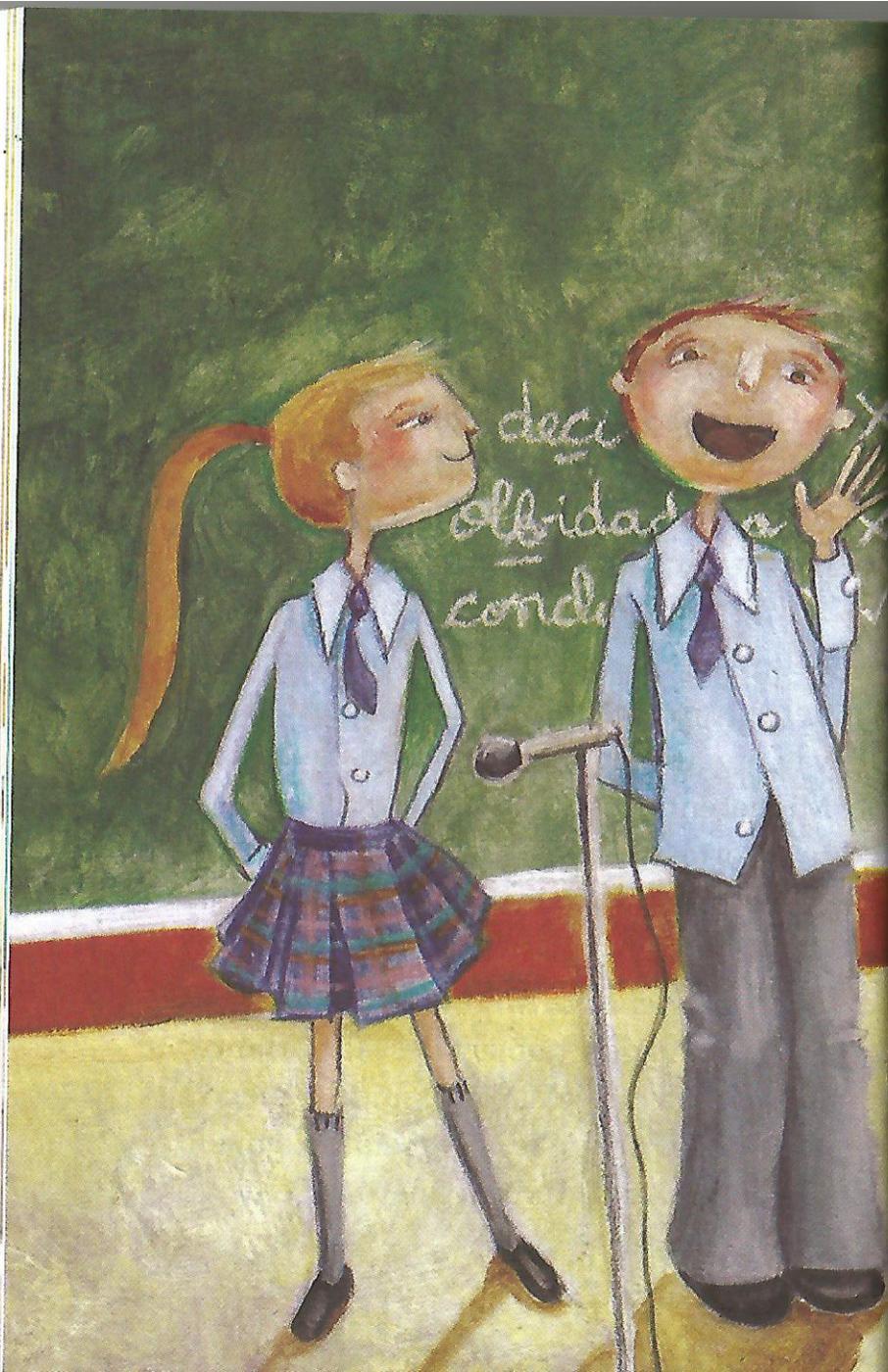
A cada niño le pasaron una hoja y le dictaron siete palabras. El jurado corrigió con rapidez. Miguel estaba seguro de que no iba a ganar. Suspiró. Si lo viesan en

casa, ¿qué diría su mamá, que siempre lo regañaba por preocuparse tan poco de escribir correctamente? Y la señorita Ximena, ¿qué habría pensado si lo viera allí?

El jurado dio los resultados. Miguel había quedado en el último lugar, pero clasificado entre los finalistas. El curso se puso a gritar de alegría y aplaudió a rabiar. Nadie podía creerlo.

En eso, la señorita Valeria, profesora jefe del cuarto A, se acercó a la señorita Pilar y le preguntó muy sorprendida qué hacía Miguel entre los finalistas de un campeonato de ortografía. La señorita Pilar no tuvo tiempo para reaccionar, porque la última vuelta ya había comenzado.

En el escenario, Miguel sentía un nudo en el estómago y hubiera deseado arrancar lejos. ¿Para qué le había seguido el juego a Ricardo? ¿Por qué se había sentido tentado a reemplazar a su compañero ausente?



Los concursantes finalistas recibieron una hoja de papel, y uno de los miembros del jurado comenzó a dictar:

–‘Confusión’.

Sí, en realidad todo estaba muy confuso en la cabeza de Miguel. Muy nervioso, logró escribir la palabra.

–‘Probabilidad’.

Sí, no existía ninguna probabilidad de ganar. Se sentía muy ridículo allá arriba.

–‘Torpeza’.

Sí. Todo había sido una gran torpeza...

El jurado dictó siete palabras más, y luego se dispuso a corregir. Las barras resonaban en el salón de actos. La señorita Valeria seguía sin entender nada, y como no se podía mover de su asiento, decidió esperar.

Luego de unos minutos, el jurado entregó los resultados.

Miguel había quedado en tercer lugar. Un estrepitoso griterío explotó. Los compañeros no podían creerlo, y por supuesto, la señorita Valeria, tampoco.

Pero el más sorprendido era Miguel. Entre preocupación y alegría, se quedó en el escenario junto a los otros dos finalistas. Los aplausos y los gritos de las barras resonaban en sus oídos, y de pronto pensó que era agradable estar ahí arriba por un momento, y deseó que su mamá lo viera.

La voz del animador anunció el momento final. Solo tres palabras, y se sabrían los resultados.

El jurado dictó:

–‘Precioso’.

–‘Extranjero’.

–‘Breve’.

A Miguel se le nublaron las letras. ¿S, E, H, J, G, B, v? Miró por unos segun-

dos al público, que en silencio esperaba expectante que ellos terminaran de escribir. Fue entonces cuando se acordó de su profesora, la señorita Ximena, que siempre lo animaba. Miguel escribió las palabras. El jurado corrigió rápidamente.

Los resultados fueron entregados al profesor de educación física, que hacía de maestro de ceremonia.

–Tercer lugar... –Lo había obtenido el alumno de un curso paralelo.

–Y ahora un empate... Es necesario decidir entre el primer y segundo lugar.

Los dos niños pasaron adelante.

El jurado procedió a dictar:

–‘Inexplicable’.

Sí, inexplicable era el hecho de que Miguel estuviese allí.

El jurado dictó otras dos palabras, corrigió y entregó los resultados.

El segundo lugar lo había obtenido un alumno de otro curso.

Luego, se anunció el primer lugar... Un aplauso atronador rompió el silencio.

Miguel se rio nervioso. Por un momento, él era el niño más importante del campeonato.

Y entonces pasó algo terrible. El inspector se acercó al jurado y le entregó un papel. Miguel adivinó lo que iba a suceder en los próximos minutos. Tomó el micrófono y señaló sin pensarlo dos veces:

–Yo no soy el que debe estar aquí...

Se hizo un silencio sepulcral.

Uno de los profesores del jurado preguntó:

–¿Qué quieres decir con eso?

–Fue una broma... me hice pasar por Rodrigo, que está ausente...

–Efectivamente –intervino el inspector–. Su madre acaba de llamar por teléfono.

Los profesores comprobaron en la lista.

–Yo... solo quería demostrar que... que...

Miguel, con los puños cerrados y bañado en sudor, no pudo seguir.

–Pido perdón... yo sé que estuvo mal lo que hice...

Y entonces bajó del escenario muy triste y con la cabeza gacha.

Los profesores del jurado se miraban desconcertados.

El director intervino y pidió que se suspendiera el campeonato.

Atrás, en la última fila, también Ricardo había decidido confesar la verdad. Todos estaban muy preocupados por lo que había sucedido.

Arrepentidos de su acción, los niños del curso mandaron una carta cuando volvió la señorita Ximena.

Rodrigo, perdón, Miguel, tuvo una larga entrevista con el director. Fue suspendido de

clases por dos días, pero no lo expulsaron.

Dicen que a partir de ese día, Miguel ha mejorado mucho su ortografía, aunque el premio se lo sacó Rodrigo, cuando a la semana siguiente se repitió el campeonato.

**Un regalo del  
Viejo Pascuero**

**C**uando salía del colegio, a Joaquín le gustaba acompañar a su mamá, quien vendía cuchuflés en el cruce de las calles que daban al gran supermercado.

A veces tomaba un par de paquetes, y cuando daban la luz roja, se deslizaba entre los autos y los ofrecía.

A la mamá esto no le gustaba mucho, pero igual se ponía contenta, porque a su hijo le compraba mucha gente.

– Joaquín, vende todo lo que puedas, así

tendremos dinero para Navidad –decía la mamá, contenta-. Y seguía gritando con voz cantarina:

–Cuchufflés, a los ricos cuchufflés...

Pero Joaquín sabía que ese dinero no iba a ser para Navidad. Sería para pagar el arriendo de la casa donde vivían, las cuentas, y ahora, ese mes, la matrícula del colegio.

Los dulces eran muy ricos, los preparaban ellos mismos en la noche. Joaquín ayudaba a rellenarlos con manjar blanco, y otras veces, los untaba en chocolate fundido.

Ahora en el verano no fabricaban muchos, porque con el calor, se podían derretir muy pronto. La mamá vendía, entonces, fruta que le traía una amiga del campo.

–Ricos duraznos, damasquitos para el calor... –así gritaba la mamá con entusiasmo.

Lo que más le gustaba a Joaquín era que



ella le diera permiso para ir un ratito al supermercado. Le agradaba entrar allí cuando se acercaba la Navidad y se entretenía observando a la gente apurada haciendo las compras, los carros llenos de regalos y los autos que salían en fila, uno tras otro.

Pero lo que más le encantaba era mirar al Viejo Pascuero sentado en el trono de terciopelo, mientras conversaba con los niños. Le habría gustado acercarse y pedirle una bicicleta, pero no se atrevía.

Joaquín permanecía en un rincón del pasillo y desde allí miraba cómo el anciano, vestido entero de rojo, con su barba blanca, sonreía y se dejaba retratar.

Una mañana, cuando aún no había mucho público en el local, Joaquín se acercó un poco más, y en eso lo vio el Viejo Pascuero.

–Hola –le dijo–. ¿Quieres venir a conversar conmigo? ¿Tienes algún deseo para esta Navidad?

El corazón de Joaquín comenzó a latir muy fuerte. Entonces bajó la vista y negó con fuerza.

–¡Qué extraño! Todos los niños tienen algún deseo... Acércate... Mira, aquí tengo en mis bolsillos unos caramelos. ¿Quieres que te convide algunos?

Joaquín se sonrojó y le dio las gracias en voz baja. Lo miró a los ojos, y entonces, descubrió algo que lo dejó atónito.

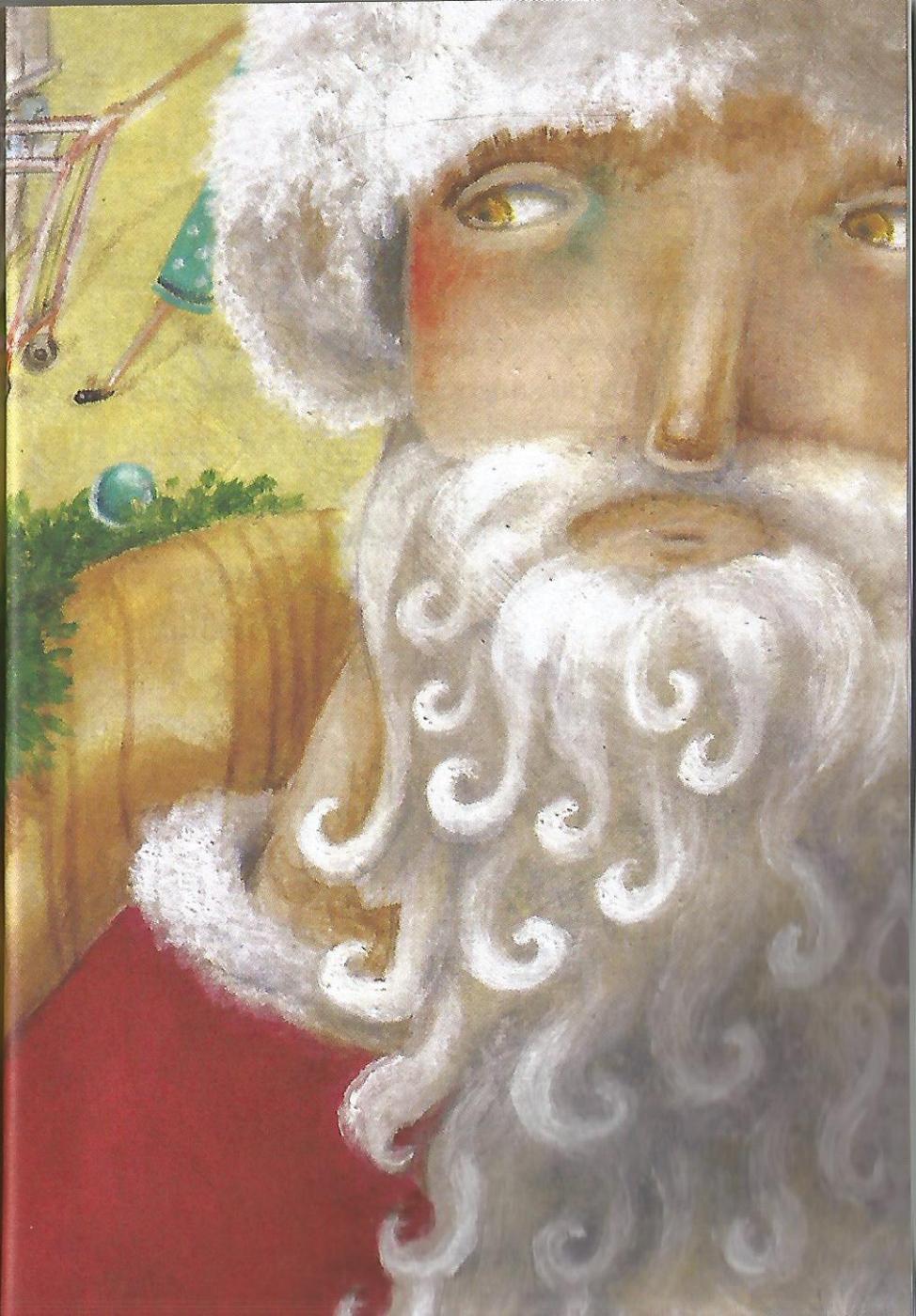
–Don Miguel... –susurró el niño muy sorprendido.

–Shtttttt... –dijo el anciano–. No vayas a decirle a nadie...

–Entonces, ¿usted no es el Viejo Pascuero?

El anciano muy nervioso, se levantó del trono y tomando a Joaquín de la mano, lo llevó a un lado.

–En realidad soy... uno de sus ayudantes...



Luego dijo con voz grave:

–El verdadero Viejo Pascuero tiene tanto trabajo, que necesita ayuda... Somos muchos los que lo auxiliamos en estos días... Pero, por favor, no se lo cuentes a nadie...

Joaquín se despidió rápidamente y salió corriendo a la calle. Conocía a don Miguel. Vivía en la otra esquina, al frente del supermercado, y más de alguna vez le había comprado un paquete de cuchufliés a su mamá.

Pasaron los días y llegó el día veinticuatro. Esa mañana, la mamá había traído mucha fruta para vender, y gritaba con voz clara:

–Duraznos, damasquitos para el calor... Nísperos, ricos nísperos, cerezas, ricas cerezas, frutillas, frutillitas...

Los autos pasaban veloces, pero muchos comprobaban cuando el semáforo estaba en luz roja.

Como a las nueve de la noche, la mamá se sentó en un pisito que tenía en la vereda, junto a unos arbustos, y contó el dinero.

Joaquín estaba muy contento. Habían reunido una buena suma. Entonces ella dijo que era hora de irse a casa y celebrar. Pasarían rápidamente por el almacén de la señora Rosa, en la población, y comprarían alguna cosita. No sería una gran cena, pero podrían disfrutarla juntos.

Fue entonces cuando Joaquín vio a los tres muchachos que se lanzaron sobre la mamá, y que en cuestión de segundos, se apoderaron del dinero. Cuando pudieron reaccionar, ya era muy tarde. Los ladrones habían huido corriendo a toda velocidad.

La mamá y Joaquín se miraron en silencio. Luego, lentamente, y casi sin hablar, guardaron sus cosas y se dirigieron al paradero para tomar el bus.

Pero cuando iban pasando por las puertas

del supermercado, Joaquín se detuvo. Por la salida principal venía en ese momento el Viejo Pascuero.

–La verdad es que sí tengo un deseo para esta Navidad –le dijo entonces con voz decidida.

El anciano que ya iba a atravesar la calle, se dio vuelta y lo reconoció.

–¿Qué tal? –dijo con voz fuerte–. Ya me parecía que era muy raro que no desearas nada.

Luego se agachó para escuchar mejor. Joaquín susurró unas cuantas frases en la oreja del viejo.

Este, sobresaltado, exclamó:

–¡Es el colmo! ¡El acabose!

El Viejo Pascuero se presentó ante la mamá y le dijo muy amablemente:

–Señora, ahora que sé cuál es el deseo de Joaquín, iré a buscar el regalo.

Ella, al principio no quería, pero luego aceptó al escuchar a su hijo que decía:

–Mamá, el Viejo Pascuero sabe lo que hace...

Un rato después, salió el anciano con una bolsa. Dentro venían algunas cosas para preparar una comida sencilla, pero rica, y también algunas golosinas.

–Gracias, don Miguel... –dijo Joaquín contento–. Perdón, Viejito, muchas gracias...

La mamá los miró sorprendida.

En eso divisaron el bus que ya venía y como la gente se apresuraba a tomarlo, se despidieron.

Don Miguel se quedó observándolos mientras se subían.

–Ay, Viejito Pascuero, espero haber hecho mi labor como tu ayudante... –suspiró, mirando hacia arriba, y sonriendo, atravesó la calle en dirección a su casa.

## CECILIA BEUCHAT

Cecilia Beuchat nació en Santiago en 1947. Cuando niña le costó aprender a leer y escribir, pero para un cumpleaños, su papá le regaló la colección de libros de la editorial Rapa Nui, y a partir de ese momento no dejó de leer nunca más. Su libro favorito fue *La Porota*, de Hernán del Solar.

Desde que entró al colegio, supo inmediatamente que cuando grande sería profesora. Y así fue. Estudió pedagogía en castellano en la Universidad Católica de Chile. Estudió, además, educación especial, y es magíster en letras con mención en literaturas hispánicas.

Es profesora titular de la universidad

donde estudió. Allí trabajó por más de cuarenta años, haciendo docencia e investigando. También ha sido profesora de otras universidades del país, y profesora visitante de la Universidad de Wisconsin, en Estados Unidos.

Actualmente se dedica a proyectos lectores y desarrolla numerosos cursos de perfeccionamiento a lo largo del país. También es directora del diplomado en literatura infantil y desarrollo de la lectura, de la Universidad Alberto Hurtado.

Ha escrito numerosos libros para niños, entre los que se pueden mencionar *Cuentos con algo de mermelada*, *Cuentos con olor a fruta*, *Un perro confundido*, *Delia Degú y su sombrero*, *Genio de alcachofa* y *Rosas, piedritas y mariposas*, entre otros.

Asimismo ha publicado libros para profesores : *Narración oral y niños : una alegría para siempre*, *Poesía, mucha poesía en la educación básica*, y otros.

Ha preparado numerosas antologías, entre las que se destaca la colección *Atrapalecturas*. Su último libro, *Palabras, regalo palabras*, muestra su gran amor por el idioma.

Es casada, tiene dos hijos, Pablo y Claudia, y ahora, un nieto de tres años: Theo. Cecilia es su abuela virtual.